sentidos. Porque en él son simpáticos el error y la deformidad, y en vez de indignación y de escándalo, sólo provocan alegres sonrisas sus atrevimientos más audaces... porque sus versos, como sus pensamientos, como sus hechos y dichos, no son ni dichos, ni hechos, ni pensamientos... son simplemente *cosas* para todo el mundo, y con este pasaporte que le expide por sufragio universal la opinión pública, escala y alborota los cielos, revuelve toda la tierra, alegra y divierte los infiernos, y viejos, y mozos, y viudas, y doncellas, aspiran sonriendo los mortales y embriagadores perfumes de las vistosas flores de su ingenio, murmurando para su excusa ante Dios, ante su conciencia y la sociedad, el *visto bueno* del pasaporte universal.

«¡*Cosas* de Campoamor!»

«Cosas tenedes el... Cid...
Que farán fablar las piedras.»

ENRIQUE PÉREZ HERNÁNDEZ.

Qué grande es el poder de Dios! ¡Cuán misteriosos sus designios!... Un día crea en los abismos de la nada un alma esplendorosa y potente, la infunde en un cuerpo sano exuberante de vida y robustez, toca con su mano la frente serena y despejada... y enciende en ella la luz que ha de disipar las densas tinieblas de la ignorancia y de la duda... y al otro día... la muerte, que se pasea inofensiva por entre el número infinito de los tontos y la vil muchedumbre de los malvados, se abate, como el buitre sobre su presa, sobre el genio, y lo arrebata entre sus garras á otras regiones, dejando, como trofeos de su rapiña, un triste montón de despojos á la voracidad de los gusanos.

Diríase que con este despilfarro de su poder creador, la Providencia se propone demostrar

á la humanidad que nadie es necesario á la causa de la verdad y de la justicia, y que el Dios que crea y que conserva puede, con la misma facilidad que destruye los más esforzados campeones, suscitar á su causa en un momento ejércitos numerosos de héroes que impriman nuevos rumbos á la civilización y marquen inesperados derroteros al progreso.

¡Pérez Hernández: su corta y esplendorosa vida; su inesperada muerte, en los momentos mismos en que empezaba á coger los frutos de su valer y poderío, son la prueba más concluyente de lo que afirmamos!

¡Quién que recuerde la asombrosa precocidad de su talento, cuando niño; sus ruidosos triunfos de colegio, de universidad, de ateneo, cuando joven; su profundo pensar, su rápido y enérgico decir, su sentir hondo y delicado, su prodigiosa y fecunda actividad, no se abismará en mil confusas reflexiones al verlo desaparecer de repente, escogido entre la multitud por la mano asoladora de una epidemia, que como el rayo en la tempestad eligió para caer y para herir las más enriscadas de las cumbres!

¡Alma grande tocada de las más sublimes aspiraciones, corazón apasionado abierto á todo sentimiento noble y generoso, inteligencia avasalladora y pujante, fantasía creadora de extraordinario poder, voluntad incontrastable é impetuosa, temperamento vigoroso y ardiente, su vida fué una constante lucha, ó mejor, una no interrumpida victoria contra los obstáculos que el mal, la deformidad y el error oponen á la marcha triunfal del genio sobre la tierra; y cuando conquistados todos los laureles de la juventud, amontonados todos los premios y hacinadas todas las coronas que se ofrecieron al vencedor en todos los palenques abiertos á su actividad en los breves años de su vida, acababa de entrar, por decirlo así, en la arena á que lo llamaba su vocación, donde se revelan y se proclaman las esperanzas de la patria que han de labrar su pedestal sobre las grandezas del Estado... entonces... filósofo, orador, político, hombre de acción y de energía... todo se desvanece y se va... como una sombra que se disipa, como hoja caída del árbol secular que arrastran en el revuelto girar de sus irresistibles torbellinos los desencadenados aquilones!...

¡Él lo presintió!... qué digo lo presintió... lo vió con la implacable claridad de las más luminosas intuiciones.

«¡Qué desgraciado soy!» me decía la última vez que juntos nos retiramos del Ministerio á su casa... pocas horas antes de caer como víctima señalada ya por el dedo inexorable del destino. «Llegar á donde estoy; y cuando voy

á desplegar todo lo que siento dentro de mí en el teatro de la acción eficaz y fecunda; cuando veo abierto el horizonte para mis alas, el porvenir para mis hijos... morirme del cólera.»

Poco después... ¡qué noche!... entré en la habitación en que se retorcía bajo la mano implacable de la peste. ¡Aquel cuadro no se borrará jamás de mi memoria!... ¡Dios mío, en qué pensarán los que no creen, en ocasiones semejantes, como no sea en el círculo breve y estrecho, en el punto obscuro y luminoso á la vez, de la boca de una pistola!

Pérez Hernández, indomable entre los horrores de la enfermedad y entre los abrazos de la muerte... se esforzaba en sonreir á su familia desolada... ¡á su esposa, que reveló lo que puede dar de fuerza y de valor el espíritu al cuerpo desfallecido y al corazón destrozado... á sus amigos; al confesor, con quien platicaba sobre la muerte con la serenidad del filósofo y la esperanzada resignación del cristiano!

«Acabamos de perder al joven de mayores esperanzas que teníamos,» exclamó Cánovas interrumpiendo el Consejo de Ministros que presidía cuando llegué con la noticia del fallecimiento. El telégrafo transmitió la nueva fatal á sus numerosos amigos y admiradores, que gimieron deplorando en el alma pérdida tan irreparable; ¡y la amenaza sombría que

como una nube de sangre pesaba y se cernía sobre la capital del reino que esperaba aterrada la explosión del formidable azote, no ahogó con el dogal del espanto ni con la mordaza del egoísmo (aunque se creyó llegado el momento fatal), el grito de compasión unánime ante aquel cadáver, ante aquella vida tronchada en flor, tan rica en rientes como inmediatas esperanzas! El cedro derrumbado por la tormenta en el suelo cuando más gallardamente erguía su copa en las alturas, no produce una impresión más honda acerca de la fragilidad de las promesas terrenas, que aquel lúgubre ataúd en que yacía muda la lengua vibrante y sonora, fríos y apagados los ojos fulgurantes, impasible y yerto aquel corazón todo fuego, mustia la frente serena y despejada, donde forjaba sus rayos aquel entendimiento poderoso.

De aquella figura ciclópea que sólo llegó á dibujarse en embrión... sólo quedaba ya la memoria. Sería para desesperar, y aborrecer como los pesimistas la vida, si la mano consoladora de la religión no nos señalase la gloria donde su espíritu purificado por el dolor gozaba sin duda ya las inefables alegrías.

¡Y cómo no las había de gozar! Jamás rehusó salir á la defensa de la verdad, de la inocencia ó de la justicia, donde quiera que las viese

atropelladas, aunque para defenderlas tuviese que arrostrar toda clase de daños y peligros, aun cuando el *ridículo*... que era la pesadilla de su dignidad... le esperase para coronarle en la palestra.

¿Y su caridad ardentísima? ¡Oh! aquello era ya la prodigalidad... En cuanto veía una lástima, lo daba todo... y le parecía que no había dado nada aún. Lo daba herido en lo más hondo de su corazón por el espectáculo desgarrador de la miseria, pero teniendo constantemente un vivísimo empeño en consignar que lo daba sólo *por amor de Dios*, no por otro sentimiento alguno.

Pero el triunfo más grande sobre sí mismo que alcanzó, la victoria más espléndida que obtuvo, la que Dios habrá premiado con mejor galardón, fué la de resignarse á devorar en silencio una provocación personal. Lo recuerdo aún... pálido y demudado el semblante, encendidos y ensangrentados los ojos, crispados los nerviosos puños, y serenos, afectadamente serenos, el continente y la voz, entrando en mi despacho. Me refirió el lance. Su ánimo esforzado, su carácter impetuoso y violento, hasta su orgullo... cuanto en él había de vicio y de virtud, se rebelaban contra las apariencias de vileza con que el heroísmo se presentaba ante sus ojos... el heroísmo de resignarse y de callar. Yo, que le conocía, le dejé hacer explosión. Sentí los latidos de su dignidad lastimada, oí los bramidos de su coraje comprimido y me reí de los que tienen por *valor* cambiar un tiro ó una estocada en semejantes ocasiones... en que hasta los nervios lo reclaman como un refresco... y después, con una sola palabra convenientemente colocada, lo calmé, lo reconforté, lo reduje al límite estricto de su deber.

Esta palabra, lentamente articulada, mis ojos en los suyos y disparada derecha á su corazón, fué ésta simplemente... *¡Cobarde!*

Me comprendió... se estremeció desde la cabeza á los pies... hizo un esfuerzo sobrehumano, y rojo el semblante como la grana, próximas á reventar las venas que surcaban su frente, sólo me respondió estas palabras: «No hablemos más...» y se marchó á sus ocupaciones.

¡Ay, Dios! ¡Cuánto se parecen á veces lo ridículo y lo sublime! ¡Para mí, que conocía su condición... hasta creí escuchar el crujido con que el organismo dislocado se retorcía constreñido para obedecer, protestando, el imperioso decreto de la voluntad!

¡Y decir que el *miedo vil* coincide á veces en la solución con este *heroísmo* inconcebible en todo corazón no cristiano!

Porque es la verdad. Pérez Hernández tenía, si no el germen de todos los crímenes, co-

mo él decía, todas las pasiones en germen, y de no haber sido tan firmes y tan arraigadas sus creencias, tan sólida su piedad, hubiera llegado á ser un monstruo de violencia.

Había allí un espíritu colosal, y de no haberlo encaminado rectamente por la áspera y penosa cuesta del deber, se habría despeñado violentamente por los abismos. La fuerza explosiva de la pólvora que eleva y lanza el proyectil por la majestuosa trayectoria en los espacios, es la misma que revienta en mil pedazos el cañón, sembrando la ruína y el estrago en torno suyo. Todo consiste en la buena salida y dirección que traza al proyectil la estría, marcada de antemano en el ánima de la pieza.

Así se explican las eternas y profundas contradicciones de su carácter y de su espíritu; las violentas tempestades de su conciencia, siendo un modelo de inocencia y de piedad, cuando joven; los amores apasionados y vehementes de su vida; el calor que llevaba á las discusiones más abstractas y serenas, los extremos de su inquebrantable amistad, la honda y penetrante mirada con que sondeaba todos los problemas, iluminando los más obscuros y complicando, tal vez por exceso de percepción, los más sencillos; la actividad vertiginosa que imprimía y que comunicaba á todo aquello en que ponía su mano, el desaliento infinito, el abatimiento profundo vecino de la desesperación en que en ocasiones determinadas y sin motivo racional se sumía.

Y sin embargo, Pérez Hernández, que apenas ha sido conocido fuera del círculo relativamente estrecho de sus amigos más íntimos, aunque pasaba, y lo era en realidad, por un orador arrebatado y fogoso, como los quería Cicerón, tenía, y apenas tuvo ocasión solemne de usar, un estilo oratorio que, de no haber muerto tan temprano, le hubiera hecho formidable en las luchas parlamentarias: el supremo aticismo con que manejaba en ocasiones dadas (cuando no discutía sobre ciencia ó sobre religión) *la ironía*. Yo le he visto hacer pasar á un auditorio apasionado y prevenido de la más violenta cólera á la risa, haciéndole reir á costa de sus ídolos habituales, heridos unos tras otros mortalmente por la mano ligera, fácil y suave con que, al parecer, los acariciaba.

No era ésta en verdad la cuerda habitual de su elocuencia, aquélla con que triunfaba en las Academias. No: entonces su voz era ronca como la tempestad, su acento formidable como el trueno, despedían lumbre sus ojos, se coloreaba su semblante, y era de verle caer sobre una cuestión, hendirla, desentrañarla, extraer el problema oculto en las profundidades de su seno, plantearle en los términos pre-

cisos de una ecuación matemática, cuando no era posible desatar el nudo, cortarlo, y arrojarlo resuelto, como una granada en explosión, en el centro de las huestes contrarias aturdidas.

Había allí palabra, había imaginación, había ciencia, pero nada de esto se destacaba sobre el fondo común: lo que allí soberanamente resplandecía era el razonamiento pujante, victorioso, conquistador, imponiéndose con todo el poder avasallador de una dictadura: diríase que era la razón personificada dictando sus decretos á la voluntad, que sumisa los recibía.

Por eso la verdadera vocación de Pérez Hernández era la filosofía; tenía vista intelectual enfocada para la especulación más abstrusa. En su estudio llegó á veces á adivinaciones semejantes á las de Pascal en sus comienzos matemáticos; tenía el don de la profundidad y el de ver claro en la penumbra; su mirada era perforadora, y como el barreno para los pozos artesianos, llegaba hasta el corazón de las capas más hondas del terreno, traía consigo las muestras y las pruebas de su calidad, y por el sutil agujero que dejaba abierto en la cuestión, se precipitaba fuera á borbotones el cristalino manantial ansioso de reflejar la luz esplendorosa del cielo.

Así lo conoció nuestro común maestro el padre Zeferino, que siempre lo distinguió entre

todos sus demás discípulos, con secreta, pero al cabo conocida predilección, como quien fundaba en él las más brillantes esperanzas de la escuela. Adivinaba en él al pensador de fuerza incalculable, presentía al filósofo transcendental, quizás se vanagloriaba con la gloria de su discípulo... pero la muerte, tendiendo su fúnebre crespón sobre tan rientes horizontes, convirtió en noche tenebrosa la aurora que empezaba apenas á lucir sobre las cimas del Oriente.

De tanta esperanza en flor... ¿qué queda? Una piedra fría... y á su alrededor una familia desolada!...

Todo lo hemos perdido con él, los que con él compartíamos el pan cuotidiano del alma y de la vida: los recuerdos dulcísimos del pasado, las alegres esperanzas del porvenir, la tranquila y serena confianza del presente. La lucha ya no me llama con la irresistible voz de otras veces: falta á mi diestra el inseparable compañero de armas que peleaba y que vencía á mi lado. Los ocios de la paz resultan fríos y tristes, sin aquella genialidad simpática y poderosa que nos imponía sus infantiles caprichos. Los grandes sentimientos y las grandes ideas parecen huérfanos ante mí, sin el que los inspiraba ó compartía. Sólo sobre su mesa de despacho, en la que trazo al hilo

de mi dolor estas páginas, se levanta como una visión del pasado, un grupo fotográfico de nuestra juventud, que me transporta á tiempos y lugares más felices: dos jóvenes agrupados en el interior de una celda, alrededor de un Dominico abismado en la lectura de un infolio.

La celda... estuvo en la calle de la Pasión. El dominico... fué más tarde Cardenal Primado de las Españas. El infolio contenía los comentarios de *Juan de Santo Tomás*... En cuanto á los jóvenes, el uno fué arrebatado de pronto por la mano de Dios... el otro, atónito y espantado al golpe, vaga desorientado y errante como el ciervo que en la intrincada selva, viendo caer herido por el rayo al compañero de su vida, recorre á la ventura los bosques donde corrieron unidos los años felices de su juventud, deteniéndose en lo alto de todas las cumbres que traspone, para interrogar á los ecos por el que se fué para no volver, dejándole sumido en las tristezas de inesperada soledad.

DON ROBERTO FRASSINELLI.

Acabo de recibir su papeleta mortuoria. Murió en Corao, entre los vestigios de la antigua colonia romana; cerca de Santa Eulalia de Abamia, donde estuvo el sepulcro del Rey Pelayo; á corta distancia de Covadonga, donde dejará recuerdo imperecedero; á la vista de las Peñas de Europa, teatro de su vida salvaje y aventurera, y objeto de la pasión que le hizo olvidar todas las comodidades de la civilización y todas las aspiraciones de la vida.

Alemán por todos cuatro costados, vino á España en aquella época feliz para *anticuarios* y *bibliófilos*, en que los tesoros de la desamortización se malbarataban en las ferias y baratillos en nombre del progreso y de las luces, y sus conocimientos literarios y artísticos, superiores á los de la generalidad de sus contem-